



# EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NUM. 10284

AÑO XXXVI

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

CONDICIONES

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
joro.—Tres meses, 11,25 id.—La suscripción se contará desde 1.º  
y 16 de cada mes. La correspondencia á la Administración...

MARTES 21 DE ENERO DE 1886

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Lorette, rue Commar-  
tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

## Recolección

Preparos para vias, moderno sistema.  
—Bombas Noel y otros sistemas para tri-  
siegos.—Azufre, aceites y demás  
encomendados al agricultor.—Des-  
granadoras de pánizo (6 fanegas por ho-  
ra).—Embudos automáticos.—Tijeras pa-  
ra vendimiar, poda, etc.—Arados de  
verdadera.—Espina artificial.—Palos,  
azadas, legones, todo acero.—Carratillos  
y wagonetas.

## INSTALACION DE RIEGOS

Pérez Lurbe.—Plaza de Castellón, 12

## Paréntesis

### VISPERAS

Estamos á las puertas del carna-  
val, como quien dice. Y como por  
las visperas se conocen los santos,  
el carnaval se conoce por los bai-  
les de mascarar. La juventud bulli-  
ciosa anda estos días salida de ma-  
dre, y no piensa mas que en diver-  
tirse.

Esto mismo, corregido y au-  
mentado, lo hemos hecho todos,  
en nuestros más tiernos años, ¡Qué  
tiempos aquellos! Como se espar-  
cía el espíritu al compás de una  
habanera, bailada con una gentil  
odalisca, que despedía un suave  
aroma de oxígeno, como si aczba-  
se de abandonar á su propia suer-  
te las razuelas! Qué júbilo nos en-  
traba cuando se armaba una bron-  
ca y se iba todo el mundo á bo-  
feladas!

Aquellos eran bailes, y aquéllos  
eran jóvenes alegres, y aquéllas  
eran criadas guapas. Pero todo  
cambia, y ahora un baile parece  
un entierro, y cada polka un res-  
ponso. Ya no hay humor, ni cutis,  
ni dinero, ni nada.

Expresanse así, hablando de los  
bailes de mascarar, los respetables  
ancianos, convertidos por obra de  
los años en moralistas sesudos y  
graves.

Es ley humana. Nadie ve la viga  
en el ojo propio, pero cualquiera  
ve la paja en el ajeno. Y los que  
aseguran que las tradiciones de

alegrías carnavalescas se han per-  
dido, y achacan á la juventud de  
hoy misantropías que segramen-  
te no padece, prescinden al hacer  
tales observaciones, de otra obser-  
vación, sin duda la más interesan-  
te y necesaria: la observación pro-  
pia.

Porque no es que cambien, á lo  
menos esencialmente, ni las cos-  
tumbres ni la juventud. Los que  
cambiarán, cufiáanse mientras de  
ello, porque el tiempo pasa sutil-  
mente, son los que, leniendo hoy  
ya el corazón gastado, blanca la  
cabeza y débiles los músculos y  
nervios, no quieren comprender  
que ellos, por ley fatal, son los  
tristes; los que se aburren y no los  
jóvenes, que se hoy como fueron  
ayer y como serán mañana.

No hay, pues, más cambio que  
el crecimiento de años.

CALIXTO BALLESTEROS.

## Microscópicas

### MAS QUE FIERA.

Hay noticias que producen frío y ha-  
cen pensar en que, por equivocación,  
tomaron la vestidura humana algunas  
fieras en el momento de nacer.

Así ocurre con esa noticia estupenda  
que ha circulado por los periódicos, po-  
niendo en todos los labios esta exclama-  
ción: ¡Qué infamia!

Una madre parece mentral ha arro-  
jado á su hijo á la calle desde lo alto de  
un terrado. La tierna criaturita cruzó  
velozmente el espacio, dando vueltas, y  
fue á estrellarse contra el empedrado,  
menes dijo que el corazón de la mujer  
autora del delito. ¿Verdad que eso es  
horrible?

Alguien calificará de fiera á esa ma-  
dre y le hará favor.

No, las fieras no hacen eso. La leona  
madre amamanta á sus hijos y los defiende  
de á costa de su vida. Por algo se dice  
cuando una madre sirve de escudo con-  
tra el peligro á sus pequesuelos, que  
los defiende como una leona.

¡Ver á su hijo cruzar el espacio, apro-  
ximándose al suelo, en donde ha de es-  
trellarse; oír el golpe seco del cuerpo  
al caer y el grito de agonía que se esca-

pa de sus labios al quedar sin vida... ¡  
La madre que haya tenido esa desgracia  
se considerará infeliz para siempre y por  
donde quiera que vaya llegará en su  
imaginación al cuadro espantoso de la  
caída y en sus oídos el grito de muerte  
que taladró sus entrañas.

Y sin embargo, hay una madre que  
ha provocado ese cuadro de horror; hay  
una mano maternal que ha arrojado á  
su hijo á la calle para matarlo; hay unos  
ojos que han visto, sin espanto, como se  
estrellaba un cuerpecillo sobre la acera;  
hay unos oídos que han recogido el gri-  
to de agonía de un pobre niño sin llevar  
el eco de ese grito al fondo del alma pa-  
ra hacerla pedazos.

La desgraciada que tal ha hecho pre-  
tendía ocultar la deshonra de su cuer-  
po... y ha deshonrado su alma.

¿Dónde hay una fiera que pueda com-  
petir en ferocidad con esa madre?

RAUL.

## CANTARES

I  
Eres, serranilla mía,  
como carta perfumada,  
que va dejando la huella  
por donde quiera que pasa.

II  
En un pliego de valores  
encerré tu corazón  
y me dije el empleado  
—Eso no tiene valor.

III  
Arboles son las mujeres  
y los hombres son los pájaros,  
que sin descansar en ellos  
siempre van de árbol en árbol.

IV  
Alas quisiera tener  
para subir á los cielos,  
ver tu nido desde allí  
y bajar á darte un beso.  
Narciso Diaz de Escobar.

## TIJERETAZOS

Dice «Las Noticias» que el fracaso del  
general Martínez Campos no ha venido  
por la política de la guerra sino por de-  
ficiencias militares.

Colega, de todo ha habido.  
¿Hubieran encontrado los insurrectos

tan fáciles relaciones con las ciudades,  
si no hubieran tenido siempre abierta la  
puerta del indulto?

¿Habrá escrito el alcalde, que se  
ocupa «El Herald» en el oficio de  
acercar «del atropello» cometido por un  
oficial, que «dió» varias bofetadas á un  
guajiro que engañó á una columna y le  
hizo caer en una emboscada?

La política de blandimientos, de generosidad,  
es la que se practica entre los ejércitos  
de honor.

Es muy loable.  
Pero ¿nos quiere decir «Las Noticias»  
dónde está el honor del ejército separa-  
disto?

Desde que le pagaron fuego al primer  
poblado se declararon otros muchos  
criminales vulgares de la peor estofa.

Y ojalá los facendados estén de más  
los cumplimientos.

Diciamos ayer que cuando el general  
Martínez Campos se gresase nos enteraré-  
mos de lo que ha ocurrido en Cuba, para  
que los partidos políticos se hayan re-  
belado contra el mando de aquél, hasta  
el punto de pedir su relevo á Madrid.

El general es hombre franco, sin do-  
bles ni falcia, y él pondrá los puntos so-  
bre las lés.

Realmente ha empezado á ponerlos ya,  
ocupándose de una manifestación que se  
hizo contra él en la Habana.

¿Si sería ese el asunto grave de que  
no pudo ocuparse «El Herald»?

—Si hubiera sabido entonces en lo  
que se fundaba aquella manifestación  
contra mí la hubiera recibido á mi casa  
hago.—ha dicho el general.

Durillo es el lenguaje y apasionado;  
pero tal vez tenga razón quien habla  
tan en crudo.

En Mequinez le han dado quinientos  
palos á un vendedor de leche, por ha-  
berse comprobado que la mezclaba con  
agua.

Si los lecheros de acá fueran á ven-  
der leche á Mequinez no quedaba ninguno  
la paliza.

Son tan aficionados á la mezcla...

Dice un periódico que es muy grande  
en Carmona la escasez de plata y cal-  
derilla.

Esto quiere decir que Carmona va á  
ganar el premio «Batendo» en record de  
la falta de dinero.

Pero no llevará gran ventaja.  
Porque en cualquier parte falta una  
peseta en perros ciegos.  
Y en ojalá la mayoría de los españo-  
les no recuerdan qué color tiene ese me-  
tal.

## NOTICIAS

Ha tocado á su vez la guerra de per-  
don, la política de templanza pacocina-  
da y seguida en Cuba por el general  
Martínez Campos.

Eso ha entragado el mando y se ha  
embarcado para España. A estas horas  
se habrá borrado ante sus ojos, en el le-  
jano horizonte, la silbata de aquel país  
que le recibió con aplausos y le despide  
con frialdad.

El general se equivocó en sus cálculos  
y lo ha dicho. Hay que alabar en fran-  
quesa suya, como fué alabada en otro  
tiempo la franqueza de otro hombre de  
Estado, que, en presencia de los males  
de la patria, arrojó al suelo su impedi-  
mento político, á sabidas de que arro-  
jaba también su popularidad.

Va á comenzar otro procedimiento de  
guerra. El de templanza ha fracasado y  
su representante vuelve al desirio co-  
mienza y su representante, el nuevo ge-  
neral en jefe, se dispone á partir para  
Castilla. En opinión de España, «¿sigu-  
irá el ser que no deban retirarse sus in-  
terlocutores» vuelve á alentar con la esperan-  
za. La opinión de Cuba, sedienta de ver-  
se á cubierto de peligros, espera tam-  
bien.

El general Martínez Campos lamenta  
su relevo, pero sin razón.

¿Qué remedio quedaba? La opinión  
que le acompañó á Cuba y se apartó en  
sus prostigios, lo volvió la espalda.

¿Podía acabarse la guerra con blan-  
dura? La experiencia de los últimos  
nueve meses pone en los labios una tre-  
menda negativa.

Vaticinados y amparándose en los pro-  
cedimientos de perdón, han podido los  
insurrectos organizar su «espionaje»; des-  
de el cabo de San Antonio en la provin-  
cia de Pinar del Río, hácia «Punta de  
Matías» de Santiago de Cuba; y á favor  
de ese espionaje, han hecho su base mi-  
litar, á través de la mar, Antonio Maceo  
y Máximo Gómez.

La opinión esperó confiada al prin-

ERNESTO MALTRAVERS.

45

48 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGEN

servaba muchos de sus hábitos antiguos, y con fre-  
cuencia desaparecía del gran mundo; abandonaba  
libros, amigos, lujo, fortuna, para hacer excursiones  
solitarias, unas veces á pie, otras á caballo, atravesan-  
do por el hermoso jardín de la Inglaterra.

Un bello día del mes de Mayo, en una de estas  
expediciones, iba subiendo lentamente por un verde  
sendero, en el condado de B... Una capa y una ma-  
leta componían todo su equipaje, y el mando entero  
era suyo para poder elegir el sitio donde le plugiera  
reposar. Terminaba el sendero en el camino público,  
dónde entraba el caballero á tiempo que cruzaba una  
brillante compañía de damas y señoras á caballo.

A la cabeza de la cabalgada marchaba una dama  
con vestido verde oscuro, montada en un hermoso  
caballo de raza inglesa, manejándolo con tanta des-  
embarazo y gracia, que Maltravers se detuvo involun-  
tariamente para admirarla. Como era muy insel-  
gente en la equitación, sabía discernir con prontitud  
á injerés á las que poseían ese arte.

Estando mirando á aquella graciosa amazona, re-  
cordó que no había visto en su vida mas que en una  
sola mujer, la misma elegancia indescribible de los mo-  
vimientos, de la apostura, que dan destreza y valor  
en cualquier ejercicio, y esa mujer era Valeria de  
Ventador. Entonces, con gran sorpresa de él, la da-  
ma se separó de sus compañeros y acercándosele dijo

—Si, contestó lord Donningdale con aire pensati-  
vo, este lugar es muy querido para mí. Su majestad  
Luis XVIII mientras permaneció en Inglaterra, me  
hacía aquí todos los años, haciéndome una visita.  
Yo procuré, en obsequio suyo, modestar mi pobre ha-  
bitación con una humilde sem janza de su palacio,  
con objeto de hacerle sentir lo más posible la  
pérdida de sus derechos; los apuestos estaban amu-  
blados exactamente con los que él ocupaba en Lu-  
xeubourg. Si, este lugar me es querido, yo pienso  
con orgullo en los tiempos pasados; es un honor in-  
signe haber hospedado á un Borbon en sus inter-  
venciones.

—Estos cambios, milord, habrán costado sumas  
considerables, dijo madama de Ventador echando á  
Beneito una ojeada maliciosa.

—Ahí sí, dijo el viejo lord, y si rostro que hasta  
entonces había estado ensanchado, se alargó visiblemente.  
—Si, señor de Ventador, me libras, pero que  
los recuerdos no tienen precio, ¿verdad?

—Habeis estado en París después de la restaura-  
ción, lord Donningdale? lo preguntó Ernesto.

Su señoría le miro, no con ojo penetrante, y con ridi-  
cumento miró á madama de Ventador.

—No, dijo Valeria riendo, yo no he apuntado la  
pregunta.



## CAPITULO VII

El carácter de Ernesto Maltravers fué haciéndose gradualmente más firme, más severo, su corazón más fuerte. Su imaginación había perdido un poco de su primera frescura; ya era muy otro de aquel estudiante aturdido, indómito, que había inflamado las cabezas de los jóvenes alemanes, que había transformado en palacio de la indolencia la casita donde habitaban Alicia y la poesía. Empero, todavía con-